

sin mengua ni agravio del autor á quien se combate. En tal virtud mis objeciones deben estimarse como una simple apelación al mundo literario, y aun al mismo autor, mejor instruido.

Aunque la antipatía de raza, segunda de las flaquezas que me ha parecido descubrir en el historiador, domine en toda su obra, dándole un tinte tan perceptible que sólo puede escapar á un ojo enteramente imperito, los mexicanos no tienen derecho para quejarse de una rigurosa denegación de justicia, aunque sí podían reclamar que no se les hiciera tan completa como á sus competidores, en cuyo favor ciertamente se han fallado todas las cuestiones *pro amico*. Aquí el desdén de raza se manifiesta sin embozo y sin doblez hasta en despreciables menudencias. El Sr. *Prescott* ha empuñado la pluma para escribir la historia de *bárbaros*; palabra que, alternada con la de *salvajes*, campea en todo el curso de la historia, escoltada por otras del mismo temple. Siendo un ejército de *bárbaros* el que luchaba contra los invasores, sus gritos de guerra no podían tener la misma denominación que los de un pueblo culto; por consi-

guiente, los mexicanos lanzaban *ahullidos*, y sus ejércitos por lo común, no se *replegaban* ni *retiraban*, sino que *huían*. La fuerza misma del lenguaje técnico exigía también que su indomable valor se apellidara *furor rabioso*, y que aquellos innumerables y estupendos ejemplos, raros en la historia del mundo, que presentaron de abnegación y de heroísmo, se explicaran, no como una inmolación voluntaria inspirada por el santo fuego de la libertad y de la patria, sino como el brutal efecto del encono, del odio y de una ferocidad irracional. En fin, tampoco es extraño que el grande historiador abaje su majestuoso vuelo hasta el polvo de fútiles reparos, reservados á los dengues y melindres femeniles, para divertirse en medir la melodía ó aspereza de ciertas palabras ó vocablos mexicanos; punto sobre el cual, dicho sea sin agravio, no puede ser juez muy competente el oído acostumbrado á armonías como las del *Yankee doodle*.

Pero dejando á un lado estas bagatelas, que nada importan á la esencia de la historia, y que descartará todo el que sepa llamar las cosas por su propio nombre, pasemos á otro punto en que el historiador se

ha tomado más libertades y ensanches de los que aquella permite. El burlón que pensó corregir el fanatismo de los biógrafos, de los traductores y de los glosistas pintándolos postrados y rindiendo un culto de adoración ante la efigie de su héroe ó de su autor favorito, nos ha dado en su caricatura dos lecciones que no deben olvidarse: por la una nos enseña todo lo difícil que es á un escritor sobreponerse á sus afectos; y con la otra nos previene á acoger indulgentes sus expansiones. No hay duda en que el Sr. Prescott se manifiesta constantemente apasionado á Cortés, y que la colosal imagen del conquistador, nunca apartada de su memoria, dominaba las inspiraciones de su mente, así como dirigía la pluma que eternizaba su memoria (1) Sin embargo, esa misma verdad y justicia reclaman se diga, que aunque haya despojándolo de la crueldad de carácter que mani-

---

(1) El Sr. Prescott da fin á sus trabajos con las siguientes palabras:—*La historia de la conquista es, como ya lo he hecho notar, la de Cortés, que fué, por decirlo así, no sólo el alma, sino aun el cuerpo de aquella empresa, pues en todas partes estuvo presente.* (Vol. II, pág. 369.)

festó en todas ocasiones (1), y lo engalanó con la espuela, que en mi juicio no alcanzó, de cumplido caballero de la cruz, el historiador no ha escrito su historia de rodillas, y sí ha menguado muy considerablemente las luces del monumento que le encendió Don Antonio Solís. El defecto único que se le puede notar, no es el de haber exaltado los hechos y las calidades de aquel hombre, verdaderamente extraordinario y grande, ni menos el que haya apurado su diligencia para esclarecer y aumentar las noticias de sus acciones: en lo primero usaba de su derecho y hacía justicia

---

(1) La delectación morosa con que Cortés recordaba, en sus cartas á Carlos V, las matanzas en que había tomado parte, no serían las más á propósito para adjudicarle la aureola beatífica de héroe de la humanidad.—*FUE MUY HERMOSA COSA*, dice hablando de la carnicería que hizo en una sorpresa que dió á los mexicanos, prosiguiendo el alcance cerca de dos leguas, todas llanas como la palma. *HERMOSA VICTORIA* llama á la que obtuvo en el asalto del Peñol, defendido por muchos combatientes, y de los cuales ninguno se escapó, excepto las mujeres y niños. A la vuelta de la foja dice que *ERA LA COSA DEL MUNDO MAS PARA VER*, las infinitas canoas que echaron á pique, y los muchos enemigos que mataron y ahogaron durante un alcance de tres leguas grandes. (Carta 3.ª de Cortés en Lorenzana, §§ XIV y XXIV, págs. 212, 241, 242 y pasim.)

sin ofensa de nadie, y en lo segundo prestaba un importante y precioso servicio á la historia. Su defecto no está en no haber hecho ni lo uno ni lo otro por completo, pues que habiendo ofrecido una historia, y no una biografía, la justicia y su programa demandaban que no pasara tan de largo por sobre las espantosas carnicerías de *Tepeaca* y de *Pánuco*; que no dejara envueltos en tinieblas el asesinato de *Xicontecal*, el tormento de *Cuauhtemotzin*, la muerte de *Garay*, y exigían también que hubiera empleado siquiera una centésima parte de la inflexible crítica con que examinó otros muchos puntos menos graves de nuestra historia, al escribir el sangriento episodio de Cholula, obra exclusiva de una insidiosa y pérfida política, que jamás por jamás podrá justificarse ante el tribunal de la razón ni de la ley. En fin, la historia, que también le disimularía guardara silencio cuando la justicia exigiera un fallo improbatório, no le puede perdonar que oscurezca ó disculpe atentados tan horribles como los que hicieron sus víctimas á los llamados espías tlaxcaltecas, á *Xicontecal*, á *Quauhtemot* y á otros, en cuyas defensas, salvos mi respe-

tos, el Sr. *Prescot* solamente ha conseguido dejarnos una relevante prueba de su talento, y un testimonio irrefragable de los inmensos recursos que pueden sacarse de la ciencia para abonar una mala causa, cuando ésta se pone en manos de un hábil y ardoroso defensor.

Todo esto quiere decir que ni la historia general de la conquista, ni la particular del conquistador están completas; y dice todavía más, que tal empresa solamente podría llevarse cumplidamente al cabo por una pluma filosófica, que sintiera correr en sus venas, mezclada y con tranquilo curso, la sangre de los conquistadores y de los conquistados; por uno, en fin, que discurrendo sin odio y sin desdén, los llame á un juicio de familia, teniendo presente que va á hacer justicia entre sus progenitores. Entonces y solamente entonces, podremos concebir esperanzas de tener una completa, imparcial y fiel historia de la conquista, que nada nos deje que desear por el lado de la integridad, que nada nos haga sentir por el lenguaje apasionado ó desdeñoso del historiador. No será, por supuesto, de entre las generaciones pre-

sentes desprovistas de los medios necesarios y dominadas aún por las mezquinas pasioncillas que el severo buril de la historia desprecia y repele, de donde salga el genio que ha de dar cima á tan ardua y gloriosa empresa. Todavía yacen sepultados en los archivos de ambos mundos numerosos monumentos que es necesario consultar, y ni aun siquiera poseemos, como los otros pueblos cultos, una colección regular de fuentes históricas. Por aquí debemos comenzar si es que aspiramos á la gloria de ver salir de nuestro país esa suspirada historia persuadiéndonos de que nuestra única misión es acumular materiales, salvando con imparcialidad y buena fe, de la destrucción y del olvido cuanto pueda serle útil; es decir, no librando solamente aquello que pueda lisonjearnos, sino todo lo que pertenezca, aunque choque con nuestras convicciones y afectos. No es raro, pero qué digo raro; es muy frecuente en la historia que un documento al parecer adverso á la buena fama de un grande hombre, venga á ceñirle la aureola que le arrancaríá ó eclipsaría otro, al parecer formado para erigirle su apoteosis. Dígalo, si no, el juicio tan di-

verso que puede formarse de Cortés, según sean los documentos que se consulten, para estimar su conducta en el caso del incendio de la flota. Los españoles, sacudiendo antiguas y mezquinas preocupaciones, han dado ya principio á esta obra de regeneración, así como un testimonio irrefragable de sensatez y buena fe, en la ilustrada protección que dispensó su gobierno al infatigable y benemérito D. MARTIN FERNANDEZ NAVARRETE y á sus socios los Sres. SALVA y SAINS DE BARANDA, para la publicación de los interesantes y curiosos documentos inéditos relativos á la historia de España y á los viajes marítimos de los españoles. México, que aunque indolente y descuidado en la conservación de sus archivos, aun posee ricos y preciosos tesoros, ¿se quedará atrás y con nada ayudará estos esfuerzos de interés y gloria comunes para ambos pueblos?..... ¡Tiempo es ya de que sacudamos ese egoísmo imprevisor, que en política, en literatura y aun en las más pequeñas menudencias de la vida doméstica, nos mantiene estacionarios, porque únicamente pensamos en el pan de ca-

da día, porque nada queremos hacer en favor de las generaciones venideras!

Al tomar mis apuntes de la historia del Sr. *Prescott*, me había propuesto rectificar y suplir por una serie sucesiva de notas, las inadvertencias y omisiones que me parecía descubrir; no con el designio, ciertamente inasequible, de restaurarla, sino más bien con el de preparar el camino á su restauración, señalando sus escollos; pero un rasgo de debilidad hizo abortar mi plan, que después varias circunstancias acabaron de desgraciar. Las amistosas instancias del editor, que abundando en mis ideas, veía con no poco sentimiento trabajar sus prensas para reproducir, tan considerablemente mejorada y embellecida, una obra que por el lado de la equidad y de la justicia atributriz nos dejaba algo que desear, me determinaron á hacer el sacrificio, no solamente de mi plan sino también del amor propio de autor, consintiendo en entresacar algunas notas de mis apostillas y en improvisar su redacción, para que se acumularan al fin de la obra, cuya edición estaba casi concluida.

Reducido así á límites tan estrechos, co-

mencé por donde creo que habría comenzado cualquier otro investigador, especialmente si era mexicano; por defender la autenticidad y valor de las fuentes históricas de su país, y por vindicar la memoria de sus aborígenes, ambas maltratadas en el juicio que ha formado del mérito de las primeras y en el influjo que atribuye á los sacrificios humanos y á la antropofagia sobre el carácter intelectual y moral de los segundos. El asunto era interesante y curioso, pero difícil; la mies sabrosa y abundante; mas era necesario cosecharla en un campo vasto y dilatado, que no carecía de escollos ni de espinas. Ese punto, y el relativo á la estimación de la antigua moneda, conocida solamente en las Américas bajo la denominación de *peso de oro*, fueron para mí un verdadero escollo, pues que en él vino á estrellarse el último y mezquino plan que me había propuesto. Consultando más á mi entusiasmo que á mis fuerzas, y sin tomar en cuenta ni el tiempo, ni los elementos, ni los medios disponibles para llevar á cabo mi programa, me entré en los abismos y sinuosidades que era necesario recorrer para escribir

mis dos primeras notas, y reducir á su última expresión el asunto de la séptima, en cuyo esfuerzo consumí la mayor parte del tiempo, destinado al desempeño de aquel, sobreviniendo además otros compromisos que al editor y á mí nos obligaban á dar un pronto fin á la obra, y que por consiguiente me sujetaron á escribir bajo el yugo de la impaciente actividad del cajista. Midiendo entonces mis trabajos por mi tiempo y medios disponibles me limité á meras rectificacioues de hecho, y á simples correcciones que no exigieran grandes desarrollos, dejando algo más que en el tintero, es decir, ya enteramente concluidos ó preparados algunos trabajos de no pequeño interés, tales como un examen crítico de las verdaderas causas que determinaron la espantosa matanza de Cholula, y una disquisición sobre la influencia decisiva que tuvo en los prósperos y estupendamente fáciles sucesos de la conquista, la creencia supersticiosa propagada en todos los pueblos americanos con respecto á los derechos soberanos, y esperando el retorno del misterioso *Quetzalcohuatl* [1]. Estos y

(1) Luego que supo Moctezuma la llegada de

otras apostillas que no podían ya caber en las escasas dimensiones de mi cuadro, se quedaron en mi carpeta, corriendo la misma suerte algunos documentos raros ó inéditos, tales como la famosa fórmula de requerimiento redactada por el Dr. Palacios, los cantares de *Netzahualcoyoll*, la relación del tormento y suplicio del rey de Michoa-

---

Cortés á Veracruz, le envió una solemne embajada, no para conquistarse el afecto de un huésped desconocido y terrible, sino para jurarle pleito homenaje, y entregarle el cetro del imperio como á su soberano y señor, que según las más antiguas y venerables tradiciones, debía volver dentro de cierto tiempo, á encargarse del gobierno de estas naciones. Los embajadores llevaban sus vestiduras y arreos, con las cuales el hábil conquistador se dejó engalanar, acomodándose de muy buena voluntad á representar el papel de *Quetzalcohuatl*, cuyo ardid de luego á luego le abrió las puertas del imperio, penetrando sin obstáculo por parte de los mexicanos. Es de sentirse que la brillante y graciosa pluma del Sr. Prescott haya pasado en silencio este episodio, que tanto se prestaba para lo sublime y aun para lo cómico, y con el cual un talento filosófico nos podría explicar cómo las creencias supersticiosas que tantas veces han ayudado á las pueblos para salvar su libertad, fueron para los mexicanos un instrumento de ruina que les hizo perder aun su independencia y nacionalidad. Yo aconsejo al lector que eche una ojeada sobre los capítulos IV y V de la *Relación de la Conquista de Nueva-España*, escrita por el padre Sahagún, donde se encuentran los pormenores de este interesante y curioso incidente.

cán, el proceso instruido á Cortés por la muerte de su primera mujer, y así de otros que exigían más tiempo del que podía disponer el editor, y del que pudiera tolerar la impaciente ansiedad de los suscritores. Quizá un poco más adelante, y trabajando en el retiro y desahogo de la vida privada, podré devolver al público, en menos mala forma, aquellas y otras noticias que le pertenecen.

Los ilustrados esfuerzos y exquisito empeño que ha puesto el editor para reproducir la obra del Sr. Prescott, no sólo engalanada con todos los adornos y atavíos de que podía disponer la prensa mexicana en el actual estado de sus conocimientos tipográficos y litográficos, sino también positivamente mejorada con la publicación de monumentos históricos raros, ó inéditos, sacados de las antiguas pinturas mexicanas, me decidieron á tomar una pequeña parte en los interesantes trabajos del Sr. Gondra, á cuya acreditada capacidad é inteligencia se encomendó la elucidación de aquellos. Al efecto escogí unas lápidas depositadas en el Museo Nacional, cuya interpretación va al fin de las notas, for-

mando el complemento de mis trabajos. La novedad y dificultad de la materia exigía investigaciones que no era posible improvisar, y habiéndose consumido en ella lo que al editor y á mí nos quedaba de tiempo, y á los suscritores de paciencia, fué necesario ya fijar el *hasta aquí*, no como quien finaliza, sino como quien da el último corte á la aventura.

Afortunadamente esos defectos han caído en un trabajo de supererogación que ni exigía ni permitía una perfecta coherencia; quedan por lo mismo intactos el mérito intrínseco y extrínseco de la obra; aquel, en la incolumidad del pensamiento del autor que se ha procurado conservar en la traducción; el otro en el lujo y limpieza de la edición que el señor Cumplido ha mejorado y embellecido con las numerosas y escogidas estampas que la exornan. El esmero y el empeño con que ha trabajado la prensa mexicana para inmortalizar por su parte y nacionalizar los escritos del señor Prescott, y la cordial acogida que han encontrado en mis compatriotas (1), conven-

(1) La historia del señor Prescott se ha impreso

cerán al autor y al mundo entero de que México ha sabido estimar en todo su valor el rico presente que ha hecho á la literatura y á la historia americana; estimación por otra parte muy justa y merecida, sin que en nada puedan rebajar su mérito intrínseco las tachas y lagunas que en él se noten. Estas, como ya he dicho, solamente prueban una cosa, y es que todavía no poseemos completas la historia de la conquista ni la del conquistador, lo cual nada tiene de particular en literatura, ni menos se extraña en el nuevo giro que han tomado los estudios históricos. Hoy las viejas naciones de Europa, cual si no poseyeran sus historias á centenadas y bajo cuantas formas pueden inventarse para escribirlas, todavía las juzgan imperfectas y aun incompletas, á pesar de que muchos siglos há pertenecen al dominio del público las voluminosas colecciones de sus fuentes. Este impulso regenerador que ha enriquecido las letras con las producciones de Rank,

---

en México á competencia, y compitiendo también con una nueva edición de la de Clavigero, encontrando sus editores bastante favor en los mexicanos para llevar su empresa al cabo.

Thierry, Guizot, Barante, Sismondi, Muller, Caefigue &c. &c., nos prueba en ellas, y sobre todo con la tan antigua como trillada historia de Roma, restaurada últimamente por *Niebuhr*, que en ese ramo nos queda todavía mucho que enmendar, mucho que suplir, supuesto siempre el acierto en la elección del plan; y también nos prueba, que no siendo quizá posible llegar al término de la perfección absoluta, aquella historia tendrá derecho de llamarse perfecta y completa, que más se aproxime al tipo ideal del complemento y perfección.

En esta categoría deben colocarse muchas de las que hoy se presentan como modelos, y entre ellas ocupará un lugar distinguido la del Sr. *Prescott*; quien, además, ha dejado trazado en la suya el plan de que no podrá separarse, sin graves riesgos, el genio á quien la suerte depare la gloria de dar á su obra la última mano de perfección. El único y más formal inconveniente que podría ofrecer su lectura á la incolumidad de la verdad histórica y á la rígida distribución de la justicia explectriz y atributriz, procede esencialmente de los tres afectos que he notado en el autor como flaquezas,



y que por decir así forman el pecado original de la obra; pero que una vez conocido y estimado, no opone ya dificultad alguna á la perfecta inteligencia y justa apreciación de los hechos, á la vez que facilita al lector la clave con cuya ayuda puede rectificar y aun suplir lo que sería imposible obtener por medio de notas ó apostillas.

Al dar punto á las mías con este breve ensayo crítico de la excelente historia del señor *Prescott*, uno solo, y tan cordial como ferviente voto, me queda por hacer, y es, que el autor no vea un designio hostil en la idea que lo ha inspirado, que tolere indulgente los deslices de la pluma que lo ha escrito, y que lo acepte como una muestra de alto precio que para mí tiene su obra, y como un testimonio del respeto muy debido á sus opiniones. El señor *Prescott* sabe que nadie piensa en defenderse cuando se cree invulnerable, ó nada tiene que temer de los ataques que se le dirijan.

México, Octubre 21 de 1896.



## NOTAS AL TOMO PRIMERO.

### NOTA PRIMERA.

HISTORIAS TOLTECAS.—ANALES Y ESCRITURA  
GEROGLIFICA DE LOS AZTECAS.



APITULO I, página 7, nota  
12 (1). . . Poco puede saberse con exactitud de este pueblo, cuyos recuerdos históricos han perecido, y que sólo nos es conocido *por la tradición oral* de las naciones que le sucedieron.

(1) Todas las veces que lo permita la naturaleza del asunto, encabezaré las notas con el pasaje del autor, en que se encuentra el pensamiento que las motiva.—Nota del autor.

Las páginas citadas en estas Notas se refieren á la edición de la Historia de la Conquista de México por Prescott, publicada en esta capital por D. Ignacio Cumplido el año de 1845.—Nota del Editor.